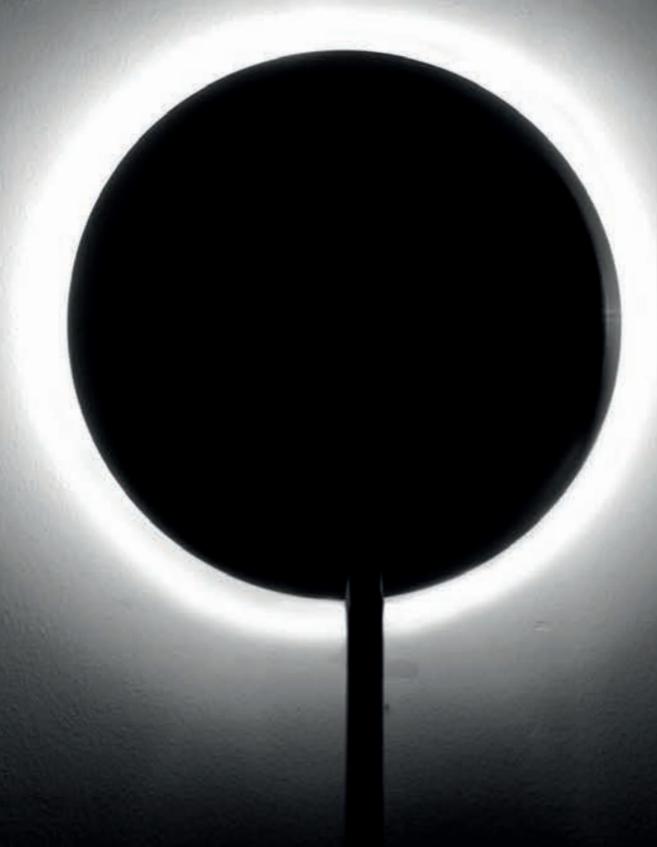




Mai Jia

En la oscuridad



DESTINO

En la oscuridad

Mai Jia

Traducida por Liu Jian y
corregida por Edith Cuéllar Rodríguez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1370



经典中国国际出版工程
China Classics International

Título original: *An Suan*

© China Intercontinental Press, 2013

© Mai Jia, 2013

© por la traducción, Liu Jian, 2016

por la corrección, Edith Cuéllar Rodríguez, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2016

ISBN: 978-84-233-5102-2

Depósito legal: B. 8.285-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Puede que un día te cruces en la calle con alguien a quien hace décadas que no has visto; o que, de repente, un desconocido se convierta en un amigo íntimo capaz de darle un inesperado giro a tu vida, como aquellos que surgen cuando las aguas se mezclan y el agua y el fuego se encuentran. Creo que mucha gente, igual que yo, habrá vivido experiencias similares. De hecho, este libro está inspirado en una de ellas.

Déjame empezar contando esa experiencia. Ocurrió hace doce años, cuando aún no había cumplido los treinta. Era novato y me dedicaba a las labores habituales en una oficina. No era de los que tomaba un avión cuando tenía que viajar por asuntos de trabajo. En una ocasión, mi jefe fue convocado por el suyo a una reunión en Pekín. Como yo le había preparado un informe muy detallado y él lo recordaba casi palabra por palabra —lo había leído y releído a conciencia—, no me necesitaba a su lado. Sin embargo, ya en Pekín, le dijeron que los temas que debían tratar habían cambiado. Mi jefe, muy nervioso, me llamó para que volara a la capital inmediatamente y elaborara un nuevo informe. Así pues, tuve la suerte de viajar por primera vez en avión. Tardé menos de dos horas en llegar a mi destino, «gracias a la fuerza del aire», como dice un poeta. Mi jefe se dignó ir al aeropuerto a recogerme, no por cumplir, claro, sino porque quería que yo conociera la situación lo antes posible. No obstante, apenas salí del aeropuerto, dos policías se colocaron entre nosotros y me dijeron de

forma muy grosera que los acompañara. Les pregunté la razón y me contestaron que me la darían más tarde. Querían llevarme con ellos por las malas. Mi jefe empezó a preocuparse más que yo, tanto que de camino a la comisaría me pedía una y otra vez una explicación, pero yo no sabía nada. Debía de tratarse de una misión «secreta» o de una equivocación. No paraba de decirles a esos dos señores que mi nombre no era Meca, sino Mai Jia, aunque en chino suenan casi igual.

A decir verdad, mis padres me habían puesto ese nombre por ignorancia, ya que no sabían que en nuestro planeta hay una ciudad sagrada llamada La Meca, y también por modestia, o, mejor dicho, porque querían que su hijo fuera una persona modesta. En fin, se trata de un nombre muy simple y sencillo, como mis padres, que eran campesinos.

Sin embargo, los dos individuos que me habían «interceptado» no mostraron ningún interés por mi nombre. Me dijeron que les daba igual que fuera Meca o Mai Jia, pero que debía acompañarlos. Si bien aquello parecía una estupidez, los que les habían dado la instrucción de detenerme me conocían. Por lo tanto, era imposible que me confundieran con otra persona.

Detrás de todo aquello había dos hombres, los pasajeros que habían viajado sentados a mi lado en el avión, que habían hecho que la policía me detuviera. Cuando los oí conversar en el dialecto de mi pueblo, sentí como si estuviera entre familiares y me ofrecí a charlar con ellos. Sin embargo, fue este sim-

ple gesto lo que me complicó tanto la vida, lo que hizo que llegaran los dos policías y me llevaran a comisaría como si fuera un delincuente.

¿Tenían derecho a retenerme los dos gendarmes, cuya responsabilidad consistía en mantener el orden en el aeropuerto?

Era una pregunta interesante, pero cuya respuesta resultaba complicada y, en ese momento, también intrascendente. Para mí, lo más apremiante era salir sin cargos de allí.

Mi jefe y yo entramos junto con los dos agentes en una oficina que tenía un par de habitaciones. La de fuera no era muy grande, y con los cuatro allí dentro parecía aún más pequeña. Nos sentamos y empezaron a interrogarme. Entre muchas otras cosas, me preguntaron cómo me llamaba, por mis familiares, dónde trabajaba, qué relaciones sociales tenía y si era militante del Partido Comunista. Me dio la impresión de que sospechaban que mi identidad era falsa. Por suerte, mi jefe me acompañaba y no dejaba de decirles, muy convencido, que yo no era una persona que anduviera por la calle sin nada que hacer, sino un cuadro del Estado, «con mucha disciplina y sentido de la legalidad». Así que la primera parte del interrogatorio terminó rápido.

Después, los dos policías cambiaron de tema y me preguntaron sobre «lo que había visto y escuchado» durante el vuelo. No supe qué decir, porque, gracias a mi jefe, había tenido la oportunidad de viajar por primera vez en avión y «lo que había visto y escuchado» había sido muy variado, distinto y con-

fuso, no sabía por dónde empezar. ¿Quién sabía qué les podía interesar? Les pedí que me aclararan un poco qué deseaban que les contara, y las preguntas se fueron volviendo más precisas. De hecho, todas se dirigieron al mismo asunto: ¿qué había escuchado yo de las conversaciones de mis dos compañeros de viaje? Fue entonces cuando me di cuenta de que mis paisanos no eran gente cualquiera y de que esa experiencia tan particular estaba directamente relacionada con lo que había escuchado de sus bocas, y, más aún, con lo que había entendido. Como los dos señores habían pensado que nadie conocía el dialecto de su pueblo, seguramente se habían tomado la libertad de hablar de algún tema confidencial, ignorando que «las paredes oyen» y que sus palabras los podían traicionar.

Entonces, cuando me puse a hablar con ellos, empezaron a preocuparse y trataron de remediar su error, pues «más vale tarde que nunca».

A decir verdad, no había escuchado nada que me hubiese llamado la atención. Al principio no hablaban en su dialecto, y yo no era de esa clase de personas que charlan con cualquier desconocido desde el primer momento. Por otro lado, como nunca había viajado en avión, al subir a bordo sentí mucha curiosidad, un sentimiento que no tardó en esfumarse, pues tampoco me pareció que hubiera para tanto. Tomé asiento y me invadió un gran aburrimiento. Cuando el aparato despegó, me puse los auriculares para ver la televisión, de modo que no oí a los dos paisanos conversar en nuestro dialecto hasta que me

los quité. Entonces los saludé cordialmente, como si fueran mis padres, sin fijarme en lo que estaban diciendo. Lo que os cuento parece una excusa barata, pero os juro que es cierto.

A decir verdad, si hubiera tenido malas intenciones, ¿por qué los habría saludado? No habría tenido sentido entablar una conversación con ellos después de escuchar sus secretos. Por otro lado, si me dirigí a ellos tan pronto como los oí hablar en mi dialecto, era imposible que me hubiese enterado de cómo se había desarrollado su conversación hasta ese momento. Sinceramente, aunque no lo podía probar y tampoco podía saber qué opinaban ellos, mi razonamiento me parecía de lo más lógico. Mis explicaciones, junto con las que añadió a mi favor mi jefe, surtieron efecto, ya que los dos policías terminaron diciendo que me pondrían en libertad con la condición de que me comprometiera a no contar jamás, a nadie, nada de lo que había oído, puesto que era secreto de Estado; de lo contrario, debería atenerme a las consecuencias. Les aseguré una y otra vez que guardaría el secreto. Después me marché, pensando que, por fin, me había librado de aquel problema para siempre.

Sin embargo, fue imposible. Durante los siguientes días, el asunto empezó a agobiarme, como si fuera algo que me hubiese salido en el cuerpo. Se trataba de algo misterioso que me ponía los pelos de punta. ¿Quiénes serían exactamente mis dos paisanos como

para tener tanta autoridad y saber cosas tan confidenciales que nadie podía hablar con ellos? Yo no era una persona poco vivida, pero desde luego jamás me había encontrado con una experiencia como aquélla, que, encima, me había asustado. Apenas salí de la comisaría, saqué del bolsillo las dos tarjetas personales que me habían entregado mis dos paisanos, las rompí en pedazos y las tiré en una papelera del aeropuerto. Sin duda, eran falsas, basura. Tenía muchas ganas de deshacerme de ellas, no sólo para desprenderme de algo inútil, sino también para alejarme de todos los problemas que me habían provocado ellos. ¡Que se fueran al diablo! Eso era muy importante para mí, porque, como le ocurre a cualquier persona de a pie, lo que más temía era verme envuelto en líos ajenos.

No obstante, presentía que volverían a buscarme.

En efecto, pocos días después de regresar de Pekín, mis dos paisanos me llamaron (les había dado mi dirección y mi número de teléfono, los de verdad). No pararon de ofrecermé explicaciones, de pedir disculpas y consolarme. Me invitaron a que los visitara en su lugar de trabajo. Su oficina estaba cerca de un distrito dependiente de nuestra región, en medio de las montañas. Había oído decir que en aquel distrito rural había una institución muy importante y misteriosa. Después de que la oficina y su gente se instalaron allí, ya nadie podía adentrarse en la montaña. Todos los habitantes de la zona tuvieron que trasladarse a otro sitio. Por eso nadie sabía con exactitud de qué se trataba. Había rumores, por

supuesto. Según unos, se dedicaban a fabricar armas nucleares. Otros afirmaban que, en realidad, era la mansión de una de las autoridades del país. También había quien decía que era una oficina del servicio secreto. En fin, muchas y muy diferentes versiones. Si tú estuvieras invitado a ver una institución tan misteriosa, seguro que, como a todos, la idea te entusiasmaría y aceptarías sin pensarlo. Me invadió una gran emoción, aunque seguía un poco inquieto por lo que había ocurrido, así que al final decliné la invitación.

Entonces llegaron los días de descanso con motivo del Día Nacional. Un hombre vino a buscarme en coche y me dijo que alguien quería invitarme a comer. «¿Quién?», le pregunté. Me contestó que sus jefes. ¿Y quiénes eran sus jefes? Me dijo que lo sabría cuando los viera. Fue la misma respuesta que me dieron los agentes del aeropuerto. Supuse que los anfitriones serían mis dos paisanos. Fui y, efectivamente, me los encontré allí, acompañados de otras personas que también hablaban nuestro dialecto. Eran siete u ocho, entre hombres y mujeres, unos mayores y otros jóvenes. Se trataba de la reunión anual de paisanos, que se había empezado a organizar hacía cinco o seis años. La única novedad de ese año fui yo.

Hasta aquí se ven con claridad las relaciones de causa y efecto entre esta obra y su autor. Todo lo que se cuenta a continuación tiene su origen en este punto.